

Mi "exilio"

Por MANUEL FERNÁNDEZ SANTALICES

Laico cubano residente en Madrid, ex asesor en asuntos históricos de la Conferencia Episcopal Española

En septiembre de 1961 -ya dispuesto casi a regresar a Cuba- decidí quedarme a trabajar definitivamente en Madrid. Un buen amigo español de mis tiempos de estudiante me convenció de que trabajando aquí, en España, y proyectando misioneramente mi labor hacia América Latina, podía hacer mucho más por Cuba. Así lo acepté y así fue. El modesto trabajo de seguimiento de la realidad cubana a lo largo de más de 40 años y todo lo que pude hacer -escribir, publicar ¡y hablar!- por Cuba y los cubanos, tuvo lugar gracias a este hecho.

Una de mis ocupaciones entonces tenía que ver con los estudiantes latinoamericanos en España. De esta manera pude percatarme de que al exiliado cubano se le solía considerar como reaccionario o conservador a ultranza; por lo que sus opiniones y sus vivencias eran generalmente invalidadas. De vuelta de una situación que trastornó su vida

en Cuba, o, en el mejor de los casos, le decepcionó profundamente, el exiliado cubano se constituía como la contrafigura del revolucionario ardiente dispuesto a cambiar pronto todas las estructuras e implantar un sistema social más justo. La amargura y el escepticismo del exiliado casaban mal con las *impaciencia* del "revolucionario". Tuve constancia de que esta cuestión había sido motivo de reflexión de algunos cubanos en la diáspora y que incluso llevó a la rectificación de actitudes injustificadas, producto, la mayoría de las veces, más de tensiones emotivas que de una convicción profunda. Aunque los que se esforzaban por hallar la equidad



en sus juicios no encontraban mejor acogida.

La experiencia española

La experiencia de España, casi en vísperas de lo que en los años 70 se llamó "la transición a la democracia", después de la dictadura, también nos dio motivos de reflexión a los cubanos. Se había dicho que los exiliados españoles, tras la contienda civil de 1936, no tenían nada que hacer en una España futura que cambiara de signo político. Pero comienzan entonces a aparecer figuras, ya octogenarias, que regresaban tras 40 años de exilio, con la confesión a flor de labio emocionado de que en toda su vida no habían tenido otro amor y otro dolor que España. Su trabajo intelectual, en casi medio siglo de exilio, había tenido como única meta la patria presente, soñada y presentida; tanto Américo Castro como Madariaga o Sánchez Albornoz en sus escritos y su presencia, fueron recobrados por las generaciones actuales. Y no se puede decir que estos autores eran asépticos en política. Todos ellos participaron activamente en los Gobiernos de la República y sus ideas -en todo caso sus concepciones históricas contrarias a las tesis "oficiales"- estaban presentes en sus obras. Ellos pudieron ser una reserva intelectual y espiritual válida como "memoria histórica", puesto que no se quemaron en inmediateismos partidistas, en manifiestos maximalistas carentes de realismo. La herida dolorosa de la guerra civil no les hizo "mirar hacia atrás con ira" o ver el presente con rencor, sino profundizar en las causas más profundas de la catástrofe.

¿Y nosotros? Algunos creímos que también los honestos trabajadores del pensamiento, si trabajaban con rigor venciendo a la vez la obsesión de destripar al régimen actual para justificarlo o denigrarlo, la tentación del revanchismo, el oportunismo de reservarse "para ver lo que va a pasar" o la dimisión de acudir a otros campos de dudosa acción política, es decir, si desarrollaban un sentido generoso de servicio a Cuba como entidad histórica no hipotecada por ninguna ideología, podrían ser una reserva intelectual para el futuro.

Estos planteamientos no se hicieron sin violencia, porque rompían una supuesta unanimidad en la oposición al régimen establecido en la Isla, porque se matizaban conceptos y se decantaban posiciones mantenidas por los “profetas de calamidades”.

De todos modos ya existía la labor de unos cuantos, de perdurable reflexión y estudio, como era la ímproba tarea de Leví Marrero. Pero el resultado quedaba a la vista: los “nuevos ricos” del exilio siguieron enriqueciéndose y Leví tuvo que saldar los fondos no vendidos de su magnífica y magna obra, hecha toda por su cuenta, para publicar el último volumen. Mal fin para la más bella y valiosa obra realizada en el exilio cubano: *Cuba, economía y sociedad*, en 14 espléndidos tomos que todo buen estudioso está obligado a consultar. Lo que no deseo suceda a otro riguroso historiador cubano residente en Madrid, Ismael Sarmiento Ramírez, que, firme a sus principios y no exento de vicisitudes, pagó sus estudios de doctorado pintando pisos y acuchillando suelos para luego legarnos a los cubanos todos su reciente obra: *Cuba, la necesidad aguza el ingenio*.

Un nuevo Pentecostés

Cuando llegaron a la emigración cubana los efectos del viento pentecostal en el seno de la Iglesia cubana que fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), dio la impresión de que a una cierta porción de esa emigración

La emigración cubana ha pendulado de una descalificación sumaria a un asentimiento acríptico de lo mismo, dejando vacío todo el espacio de los posibles discernimientos entre estos dos extremos exasperados.

se le venían abajo las escalas de valor - construidas sobre débiles premisas - sobre previsiones poco realistas. Sus voceros “orientadores” de la masa ignara no pudieron despojarse de la venda de sus prejuicios para contemplar la realidad tal como es; no pudieron sentir la dinámica hacia adelante ya imparable. Personalmente tuve una experiencia no por esperada menos lamentable: en un congreso de intelectuales cubanos celebrado en Madrid se me pidió desarrollar una reflexión sobre el ENEC. En la primera fila de los asistentes y sentados frente a mí, hubo quienes habían ido expresamente a rebatir lo que ni siquiera sabían qué iba a decir. En vez de aceptar que cualquiera que fuese el resultado del camino emprendido con el ENEC, lo patriótico era acompañar a la Iglesia cubana -críticamente, sí- pero también comprensivamente, con la esperanza de que la fe cristiana allí presente, contribuyese a la humanización de la sociedad cubana que todos deseábamos, con el aporte del imprescindible “suplemento de alma”.

El exilio como futuridad

El escritor argentino Julio Cortázar dijo en cierta ocasión que el exilio era “una de las formas más siniestras del destino humano”. Es cierto. Pero no es únicamente esto. Y ya es hora de que dejemos de llorar sobre los ríos de Babilonia. Que dejemos de suscitar la compasión. Y, sobre todo, de alimentar actitudes derrotistas sobre el futuro cubano. He dicho alguna vez que el exilio cubano, como núcleo testimonial, si había perdido credibilidad era por no haber sabido superar la traumática ruptura de la separación de la Patria. Y no haber podido desplegar perspectivas válidas al hilo de la historia (la cubana y la universal) que marcha en movimiento de vaivén hacia una búsqueda de más justicia. Es que la imaginación creadora no ha sido nuestro fuerte. La emigración cubana ha pendulazo de una descalificación sumaria a un asentimiento acríptico de lo mismo, dejando vacío todo el espacio de los posibles discernimientos entre estos dos extremos exasperados.

Nuevas perspectivas parecen abrirse hoy para el porvenir de la Patria cubana. En momentos como este sentimos que el exilio nos ha resultado demasiado largo, fatigoso y decepcionante. Porque hemos esperado lo inesperable. Nos ha faltado el sentido de la historia. La Cuba que algunas veces hemos intentado reproducir se nos ha convertido en “esperpento”, para aplicar esa forma literaria de ver las cosas inventada por Valle Inclán, que consiste en ver la realidad como reflejada en espejos cóncavos o convexos que devuelven una imagen deformada, caricaturesca.

Quiero decir, sin ningún recato, que personalmente me siento feliz de vivir en Madrid, por más de cuarenta años. Sin dudas es un lugar donde existen tantas posibilidades de enriquecimiento espiritual y cultural. Pero, la verdad confesable: me siento mejor en "mi" Habana; allí donde suelo ir cada año, desde 1991, a recuperar gozosamente la memoria de los sentidos y acrecer la nostalgia del futuro. Las únicas veces que cumplo, y con creces, las prescripciones insistentes de mi médica de familia, de andar un kilómetro o más cada día. Sólo en mi Habana soy capaz de percibir el latido de la Cuba eterna, de la Cuba profunda que nada ni nadie antes, ahora o después podrán hurtarme.